

UN NUEVO PENTECOSTÉS PARA LA VIDA CONSAGRADA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

P. Gabriel
Naranjo Salazar, CM*

* Religioso vicentino colombiano. Hizo los estudios de Filosofía y Teología en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Se desempeñó como formador y profesor de Biblia en el Teologado de su provincia, del que fue rector durante tres períodos consecutivos, y en el Seminario Mayor Arquidiocesano de Ibagué. Adelantó estudios de especialización en la misma Universidad Javeriana de Bogotá, y de Sagrada Escritura en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y Jerusalén, en la Escuela Bíblica y la Universidad Hebrea de Jerusalén. Fue Superior Provincial durante dos períodos y, como tal, Presidente de la Conferencia de Provincias Vicentinas de América Latina y miembro de la Junta Directiva de la Conferencia de Religiosos de Colombia. Fue Coordinador Regional de la Federación Bíblica Católica para América Latina y el Caribe, FEBIC-LAC, Coordinador General del Proyecto Biblia de Paulinas, Director del Centro Bíblico-Pastoral de América Latina, CEBIPAL del CELAM, miembro del Equipo de Apoyo y del Equipo de Reflexión del CELAM. Fue Secretario General de la CLAR.

El Congreso de Vida Consagrada (VC) surgió inicialmente como una celebración de los 50 años de la *Perfectae Caritatis*, que se cumplieron exactamente el 28 de octubre de 2015; de ahí que se le comenzó a considerar apenas como una actividad de la CLAR centrada en este Decreto conciliar sobre la renovación de la Vida Religiosa. Pero muy pronto se fue catapultando, por varios caminos, como un verdadero acontecimiento de insospechadas implicaciones y consecuencias.

La primera ampliación de su horizonte se fue abriendo paso con la idea de programarlo, no como una responsabilidad continental sino mundial. Pero esta propuesta universalista, que se dialogó en su momento con las directivas de las uniones de Superiores Generales que tienen sus sedes en Roma, tanto la femenina, UISG, como la masculina, USG, no cuajó por diversos motivos, como -entre otros- el temor de un provincialismo local, por no decir parroquiano, por parte de los representantes planetarios, y el de una globalización sin rostro concreto, por parte de los representantes latinoamericanos.

De todas maneras, muy pronto se vio que no se podría hablar de un congreso, ni de este Continente ni de la CLAR, sino de un Congreso abierto a una participación que desbordara los límites de nuestras 22 Conferencias Nacionales. El Secretario de la Congregación de Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, CIVC-SVA, monseñor José Rodríguez Carballo, al explicar en la Junta Directiva de Port of Spain, en marzo de 2013, los alcances y el programa de la Santa Sede para el Año de la Vida Consagrada, AVC, afirmó que no incluían un congreso propiamente dicho de VC porque lo estaba organizando la CLAR; esta opinión lo fue posicionando como una actividad de Iglesia universal. De hecho, el número total de participantes, 1.588, resultó alto y significativo; algunos provenían de otros continentes y países no latinoamericanos, y representaban no solo a la Santa Sede, sino también a las dos uniones de Superiores Generales, la Confederación de Religiosas y Religiosos de Europa, las conferencias de España, Estados Unidos y Canadá, las conferencias episcopales de Estados Unidos y algunas de América Latina. Además, la presencia mayoritaria fue femenina y la del

laicado muy significativa. Se logró así una verdadera asamblea conciliar, apoyada por un amplio equipo de funcionarios y voluntarios al servicio del Congreso.

Una segunda ventana, enorme, que le abrió al Congreso la entrada de los vientos renovadores del Espíritu fue la insospechada declaración del 2015, precisamente de los 50 años del Concilio Vaticano II, que había sido clausurado el 8 de diciembre de 1965, como el AVC. Esta providencial coincidencia le dio un alcance impredecible: el de convertirlo en la celebración bandera, en este sentido sí de la CLAR, tanto del jubileo conciliar como del AVC. Se garantizó así una referencia al Concilio como centro, pero siempre desde la perspectiva latinoamericana, tal como lo ha hecho la CLAR en toda su historia y la ha tenido en cuenta en la reflexión celebrativa que se inició en la XVIII Asamblea General de Quito, en Junio de 2013.

Al respecto hay que tener en cuenta que varios de sus directivos la hicieron presente, como el todavía vivo y actuante Cecilio de Lora Soria, SM, en la reflexión programática de la Conferencia general de los obispos de Mede-

llín, que desató la apropiación del Vaticano II en este Continente; ni la VC ni la Confederación han estado ausentes de “la transformación de América Latina a la luz del Concilio”. Por el contrario, y gracias a esta relación umbilical, “la CLAR contribuyó a configurar una nueva forma de ser Iglesia, de leer la Palabra y de estar en la historia, a la luz del seguimiento de Jesús de Nazaret y de su predicación del Reino”. Las Religiosas y los Religiosos de nuestro Continente han tenido mucho que ver, tanto con nuestra interpretación del Concilio como con nuestra aplicación, la más entusiasta, la más rápida y la más efectiva de toda la Iglesia.

Paradójicamente, no obstante su *fuga mundi*, la VC latinoamericana y caribeña contribuyó efectivamente a la propuesta conciliar de un nuevo modo del actuar eclesial: en relación con el mundo y sus necesidades; en diálogo con la sociedad, la cultura, otras iglesias y otras creencias; la conciencia de que los problemas de la civilización actual no se resuelven huyendo del mundo sino estando en él; la convicción de que la Iglesia somos todos los bautizados y de que la santidad no es exclusiva de nadie... Tal como lo sostiene el

Plan Global 2012-2015 (p. 6), “los 50 años del Concilio en América Latina y el Caribe coinciden, de hecho, con la historia del CLAR que, inspirada en esta gracia del Espíritu, ha intentado edificar la Iglesia de los pobres que quiso Juan XXIII (y que ahora sueña el papa Francisco), y la Iglesia pueblo de Dios que propuso la *Lumen Gentium*”.

Pero la CLAR es hija legítima del Concilio no solo porque “fue concebida la noche anterior” a la apertura del Vaticano II (con su anuncio el 25 enero de 1959, y su apertura el 11 de octubre de 1962), con su erección por la Santa Sede el 2 de marzo de 1959, sino también porque la amamantó con sus Constituciones, Decretos, Declaraciones y Mensajes, más concretamente, con la centralidad de la Palabra de Dios en su vida y misión. La realidad es que la CLAR ha girado siempre en torno a ella: reconociendo su rostro, Cristo, en los rostros sufrientes de los pobres; recorriendo sus caminos, la misión, con su testimonio apostólico; construyendo su casa, la Iglesia, en sus comunidades; oyendo su voz, la revelación, en la historia, la realidad y la creación; palpitando con su corazón, la misericordia, con su sensibilidad por

los sujetos y los escenarios emergentes. Por eso, llegó a ser una de las más proféticas instancias eclesiales en comprometerse con la opción preferencial por los pobres propuesta en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1968), una de las más fecundas cunas de la teología latinoamericana y una de las más fieles acompañantes de las comunidades eclesiales de base.

Todo este entramado conciliar permeó al Congreso de VC con la propuesta de las intervenciones de los ponentes, los talleristas, los foristas, y en el diseño de los talleres a modo de areópagos desde los cuales se oteó el horizonte de una VC renovada. Atravesado todo este tejido de contenido y de metodología por los hilos bíblicos e históricos de la Palabra de Dios, de la referencia a la realidad y de la fuerza vitalizadora de los carismas congregacionales, el Congreso respiró con el oxígeno del Concilio que le dio tres caminos de renovación: la vuelta al Evangelio, el regreso a las fuentes y la atención a los signos de los tiempos. Hay algo aún más profundo: el hilo conductor de todo este policromático diseño fue el bíblico, templado con la lectura orante que, como en el Concilio

con la entronización diaria de la Sagrada Escritura para abrir cada una de sus sesiones, iniciaba las jornadas y las cerraba con la doble mesa sacramental de la Palabra y la Eucaristía; y con unas dinámicas de participación que pusieron a actuar y a contribuir a todo el mundo, de modo que la marcha del Congreso resultó ser responsabilidad de todos los congresistas.

Una tercera bocanada pneumatológica que dinamizó al Congreso fueron los objetivos, las expectativas y los horizontes expresados por el papa Francisco, tanto en la Carta Apostólica a los Consagrados con ocasión del AVC, como en la Encíclica *Laudato Si'* sobre el cuidado de la casa común, promulgada en el corazón mismo de su realización, el 18 de junio de 2015, y la Bula *Misericordiae Vultus*, de convocación de Jubileo Extraordinario de la Misericordia, firmada el 11 de abril de este mismo año.

Hay que reconocer con humildad que los derroteros que señala el primer Papa que salió de entre nosotros y que estuvo formalmente vinculado a la CLAR, como vicepresidente que fuera de la Conferencia nacional de Religiosas y

Religiosos de Argentina, tanto en su magisterio doctrinal de estos tres documentos, como en el llamado “magisterio gestual” por la fuerza atractiva de su testimonio, ya hacían parte del caminar histórico de la VC.

Mencionemos solo algunos, comenzando por el concepto de una VC más allá de una Vida Religiosa, por ser más incluyente: congregación de institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica; el protagonismo de las Nuevas Generaciones, NG, porque ‘son al mismo tiempo el presente y el futuro’; la alegría evangelizadora que brota de nuestro seguimiento del Maestro; nuestra capacidad de despertar al mundo con la profecía del diálogo y la comunión; nuestra “intimidad itinerante” y nuestra “comunión misionera”; la dinámica de la inter-congregacionalidad para el impulso de ‘proyectos comunes de formación, evangelización, intervenciones sociales, pastoral vocacional’; la salida a las periferias existenciales con nuestra inserción en lugares de frontera; las relaciones inter e intra-generacionales, inter-congregacionales, ecuménicas e inter-confesionales; la animación de familias

carismáticas que incluyan a ‘los laicos que comparten con nosotros ideales, espíritu y misión’; la eclesialidad de nuestra vocación específica, pues “la VC es un don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, está totalmente orientada a la Iglesia”; un compromiso con el cuidado de la casa común del que ya habían sido testimonio los antiguos eremos, cenobios, monasterios y conventos, por la manera como se rodeaban de jardines que reflejaban su oración agradable a Dios y atractiva a los seres humanos, y de huertas y potreros donde trabajaban para su sustento diario; una ecología integral inspirada en el fundador de la familia carismática más numerosa de toda la historia de la Iglesia, Francisco de Asís, que veía a “la naturaleza como un espléndido libro en el cual Dios nos habla y nos refleja algo de su hermosura y de su bondad”; una teología ecológica que sustentada en el sentido profundo de la conectividad, liga a la VC en el uso de la creación relacionada con la suerte de los pobres y los valores de la minoridad y la cotidianidad; una misericordia hermana gemela de la caridad, la verdad y la justicia, enraizada en el silencio de la escucha de la Palabra de Dios...

Estos aleteos del Espíritu están presentes en el Mensaje Final que recoge la experiencia y la visión del Congreso y deja ver que colmó las expectativas de los participantes y los espectadores cercanos y lejanos: resultó ser, como se esperaba, una luz en el túnel por donde ha estado transitando la VC en los últimos años, a causa de la disminución de sus miembros y del efecto de los cambios culturales en su estilo de vida, en sus resultados formativos y en sus modalidades de gobierno. Y, al mismo tiempo, una confirmación esperanzada del potencial de sus carismas, de su experiencia y sabiduría, de la propuesta de sentido y de alternativa evangélica que sigue siendo para los jóvenes y el mundo de los tiempos actuales.

Como *kairós* y experiencia de un nuevo Pentecostés, de todas maneras, depende del dinamismo con que comunidades y personas, procesos y estructuras, NG y mayores, bases y cuerpos directivos, se empeñen en transitar por los “horizontes de novedad en la vivencia de nuestros carismas hoy” que allí se vislumbraron: el referente trinitario de la hermandad, el seguimiento martirial del Maestro, la resignificación de los consejos evangélicos, la presencia

carismática de los laicos en las familias congregacionales, una VC pobre y para los pobres permeada por “la revolución de la ternura”, “la medicina de la misericordia” y el cuidado de la “casa común”, la salida misionera de la auto-referencialidad hacia la inter-congregacionalidad y la inter-generacionalidad, y la humanización en la formación y en la animación.

Este Congreso, que ha tenido mucho de punto de llegada y de cruce de caminos, es, pues, ante todo, un punto de partida para un camino de fe que sigue siendo válido y realizador, y que mucho puede contribuir a que “acontezca” el Reino de Dios en este Continente. Así, su potencial llega a ser enorme; de hecho ya se está desatando en los post-congresos de las Conferencias Nacionales, de algunas diócesis, y de algunas comunidades. Las vigas de amarre de esta renovación incontrolada tienen que ver con: la familiaridad con la Palabra de Dios, la primacía del Evangelio, la vuelta al primer amor, la fuerza inspiradora de los Carismas, el dinamismo espiritual y la audacia misionera de las fundadoras y los fundadores, la salida misionera hacia las periferias existenciales, la profecía de la comunión, la alegría y la

esperanza, la mística de la ecología y la minoridad, el encanto de la caridad fraterna, el paradigma de la misericordia y la itinerancia, la circularidad en los servicios y ministerios, el aligeramiento de las estructuras, la consolidación de la familia carismática con los laicos y la inter-congregacionalidad, la civilización del amor en la familia.

En cuarto lugar, digamos que uno de los tantos caminos que evidenciaron la presencia del Espíritu en el Congreso, fue lo que podríamos llamar su “procesualidad”, es decir, el hecho de que no haya sido una acción puntual, desconectada, sino un todo y un solo proceso de preparación-realización-seguimiento, tal como se plantea en los criterios metodológicos de la CLAR, de un antes-ahora-después. De hecho, el cúmulo de acciones, la cantidad de material informativo y el número de personas involucradas, tanto en los momentos antecedentes como en los subsiguientes, son muy superiores, aunque los participantes en el Congreso hubieran sido tantos. Esta dinámica, que puso a la CLAR y a la VC del Continente en “estado de congreso-asamblea”, garantizó la efectividad y la eficacia de

esta propuesta porque: involucró a muchísima gente, tanto de los cuadros directivos como de las bases; proporcionó espacios de análisis y de interpretación que desbordaron los límites estructurales de la CLAR y del Congreso y penetraron los de toda la geografía latinoamericana y caribeña, y más allá de sus confines; amplió los areópagos de reflexión y debate; extendió el panorama de la proyección por rutas y por tiempos cuyos límites serán solo los de la realización de una VC nueva.

Los dos pulmones de respiro de la CLAR: su reflexión teológica y su dinámica formativa, están oxigenados por la experiencia y la sabiduría de patriarcas que la siguen inspirando e iluminando, como Víctor Codina, SJ, y Carlos Palmés de Genover, SJ, seguirán siendo fundamentales para que este Pentecostés “acontezca”: “Habiendo conocido las invitaciones a comprometernos que la *Ruah* divina nos hizo, nos corresponde ahora hacer que acontezca la novedad de la VC o, más precisamente, colaborar con la *Ruah* en el surgimiento de una VC nueva, participativa y prismática y no piramidal ni estática. Es necesario impulsar ya esta colaboración; ser personas propositivas y osa-

das, que «hagan lío», comenzando cada quien por sí misma/o, por nuestras comunidades locales, por las propias congregaciones y conferencias. Las intuiciones del Congreso son semillas que darán fruto sólo si pasamos de la teoría a la práctica”.

Tal como se expresa en la síntesis de los grupos, la experiencia del Congreso y el trabajo en los talleres, llevó a percibir anhelos, deseos ardientes, gemidos dolientes y esperanzados que, interpretados como voz de Dios donde la vida clama, se propusieron como llamadas apremiantes de hoy a la VC; responder a estos *Clamores* ayudará a mantener vivo el fuego del nuevo pentecostés experimentado en el Congreso. Sorprendidas y sorprendidos por el Espíritu que quiere hacer nuevas todas las cosas, renovar nuestros corazones y reavivar el encanto de nuestra fe y de nuestra vocación, nos hemos anticipado a “abrazar el futuro con esperanza”, con la frescura de nuestras *Convicciones* bíblicas, eclesiales y carismáticas; si nos dejamos atraer por su dinamismo, mantendremos viva la llama de nuestra pasión por Jesucristo y su Reino, y aseguraremos la pervivencia de

nuestros carismas como una propuesta alternativa de sentido que atraiga, plenifique y produzca paz y bien. Guiadas/os por la Palabra de Dios, iluminadas/os por el paradigma espiritual y apostólico de nuestras Fundadoras y nuestros Fundadores, y responsables con el mundo al que somos enviados, nos comprometemos a responder a las llamadas del Espíritu, hoy y en el futuro, con procesos que abran camino a una VC nueva; de nuestra fidelidad a estos Compromisos depende el futuro de la VC y la VC del futuro y, en ella, el nuestro y el de nuestros carismas.

Esta riqueza humana, espiritual y evangélica, que ningún participante en el Congreso ni ninguno de los testigos cercanos y lejanos, ha dudado en atribuir al Espíritu Santo y en reconocerlo como “un nuevo Pentecostés para la VC de América Latina y el Caribe”, se conserva en la edición I de las Memorias, que contienen lo que se produjo antes del Congreso, y en la edición II de las Memorias también, que contienen lo que se produjo durante el Congreso, y se publican en los números 3 y 4 de la Revista CLAR de 2015, en cierta manera introducidos por este artículo.